

USA Versus EUROPA

por ANDREU MARTIN

Como en los carteles de un combate de boxeo, USA **rudo fajador** contra EUROPA **fino estilista**. Aunque, desde un punto de vista profundo, serio y sensato, considero una frivolidad enfrentar dos estilos de un mismo arte; en esta ocasión he decidido seguir el sentir frívolo general y aprovecharlo para mi ajuste de cuentas personal. En efecto, desde que estoy militando en las filas de los escritores de novela negra me han parecido completamente banales todas las conversaciones que me han obligado a escuchar acerca de la nomenclatura de este género (¿novela negra?), ¿policíaca?, ¿de enigma?, ¿criminal?) y de las excelencias de los libros escritos en un continente frente a las denostadas ediciones de otros lugares. Es cierto que se trataban de animadas discusiones entre críticos, historiadores y entendidos y creo que en esas tertulias poco o nada tiene que decir el autor (la labor del autor es escribir y la de los críticos el valorar, etiquetar y clasificar), pero el caso es que se me ha implicado en algunas de ellas como estrella invitada, y después de todo no estoy tan alejado del tema y todo se pega y, como ya he dicho antes, tengo cuentas que saldar.

Ya lo dije con motivo de la publicación de mi novela "El Señor Capone no está en casa": todo escritor tiene unos autores modélicos con los que aprende a escribir, a los que mitifica y a los que permite que invadan su mente quizás más tiempo del necesario. Pero, tarde o temprano, el escritor ha de romper lazos de dependencia con esos dioses del Parnaso, ha de soltar amarras y alejarse de la costa y tomar perspectiva para poder adoptar un estilo propio y fondear con un punto de vista muy personal. No hay duda de que los dioses del Parnaso que han estimulado a escribir a las nuevas generaciones de novela negra son los clásicos norteamericanos, rudos fajadores. A Hammett, a Chandler, a McDonald, a Himes, creo que ya les hemos gastado el nombre de tanto pronunciarlo. El esquema eterno. Detective perdedor tópico anónimo que tiene que investigar un asesinato (o un caso en el que terminará por haber un asesinato) y que, a lo largo de una serie de entrevistas personales, reconstruirá una historia a base de **flash-backs**, donde los recuerdos confusos, las mentiras y las vaguedades acabarán dando una versión nueva y sorprendente de la realidad. Todos hemos pasado por este esquema. Lo hemos heredado de la mitología yanqui y hemos tratado de hacerlo nuestro. Pero francamente opino que tratar de adaptar aquel cargamento tan americano a éste nuestro país tan afrocubano ha exigido más esfuerzos, sangre, sudor y lágrimas que habernos inventado una mitología propia. Con "El señor Capone No Está En Casa" inicié mi campaña particular de América para los americanos poniendo en cuestión toda la épica chandleriana y haciendo que el detective perdedor fuera realmente perdedor (porque Philip Marlowe, que yo recuerde, no perdió nunca) y dibujándolo de una manera que realmente me parecía verosímil, haciendo que se ensuciara al meterse en la porquería, y no como Lew Archer al que nadie recuerda todavía haber visto nunca despeinado.

No se trata de ser esnob ni iconoclasta a la fuerza, sólo para albotar el gallinero. Creo que es sano recordar de vez en cuando que nuestros mayores en edad, dignidad y gobierno son humanos, pueden equivocarse, se equivocan en realidad con frecuencia, y no tienen ningún derecho a obligarnos a vivir en un mundo que ellos se hicieron a su medida. Que tienen muchas virtudes. Sí, naturalmente. No podemos negar que el autor policíaco yanqui introduce el compromiso político en sus novelas, y les da una dimensión que va mucho más allá del puro juego de ingenio. El autor yanqui, rudo fajador, es el proletario perdedor que escribe con rabia contra el capitalismo opresor, o contra la sociedad podrida, o contra la Ley y el Orden del más fuerte y mejor armado. Muy bien. Todo eso hemos heredado de los yanquis y creo que da a la novela policíaca una trascendencia social necesaria para dignificar un género. Sólo por eso, ya deberíamos olvidarnos de sus defectos.

Jordi Fornas



Pero estamos en un país, como decía aquel, donde decir que te gustan las rosas significa que los claveles son una mierda. Y por eso reconocer las virtudes del hard-boiled americano ha dado lugar automáticamente a un desprecio absoluto y catastrófico de la novela policíaca europea que no pretendiera ser imitación de la yanqui. Y así la elegante novela enigma inglesa, o la delicada filigrana francesa, finos estilistas, han sido injustamente olvidadas o, en todo, no han sido suficientemente valoradas.

Ahora, invito a esta valoración dando con cuatro pinceladas la perspectiva que tengo yo de la historia de la novela policíaca.

Recordemos que (según parece generalmente aceptado) nace en **Los Crímenes de la Calle Morgue** de Poe, cuando el protagonista elabora un fantástico proceso deductivo eminentemente basado en el ingenio, eminentemente lúdico. Quede claro, pues, que el género nace en Estados Unidos y que su punto de partida es el divertimento. Pero muchas cosas han sido inventadas en Estados Unidos y nadie ha hecho caso de ellas hasta que Europa las ha descubierto. El jazz, por ejemplo, fue un lamentable ruido que producían los negros hasta que Europa se puso a aplaudir. Y la historieta gráfica, el **cómic**, movía masas en Estados Unidos pero ningún Marshal McLuhan se preocupó por él antes de que las universidades europeas le abrieran las puertas. Y el cine, sin ir más lejos, Estados Unidos inventa. Europa descubre.

Y Europa descubrió la peripecia mental de la deducción detectivesca, y se apropió de ella, y se puso a hacer malabarismos. Puro juego, eso sí. Agatha Christie se convierte en el más juguetón de todos los autores. El aspecto lúdico de sus novelas es impecable. Como un estupendo pasatiempo. Hace de todo: el asesino es el mayordomo, el asesino es quien cuenta la historia, el asesino son todos los sospechosos, no hay asesino, etc., etc. Diríamos que es la Oción de Oro de la novela policíaca, le ha dado todas las vueltas posibles. Y su esquema básico es impecable. Respeta las reglas del juego como una perfecta jugadora. ¿Que es aburrida? Sí. Y no hace literatura. Es como una revista de crucigramas, de usar y tirar.

Pero no la tiremos tan deprisa porque si creo que (ella o Conan Doyle o cualquiera de los clásicos juguetones) tienen su lugar en esta historia. Porque nuestros admirados Hammett y Chandler son señores que, en sus novelas, pretenden jugar al juego de la señorita Christie. Y les sale mal. No saben. Al escritor proletario enfibrecido, rudo fajador, de que hablábamos antes, se le da mal el ancaje de bolillos, fino estilista europeo. Y quieren, sí, ocultarte quien es el asesino, y sorprenderte con pistas falsas, quieren hacerlo, y demostrarte que el detective americano es tan observador como el inglés. Pero les sale mal. Los lectores habituales de Hammett y Chandler (me refiero a quienes se ofuscan con sus virtudes y se niegan a ver defectos) afirman que a ellos les importa muy poco el juego de ingenio, pero la verdad es que lo jugaban. Y no sabían.

También podríamos haber titulado esto "Al César lo que es del César". Confieso que he caído en el mismo vicio en el que no deseaba caer: aquello que siempre critico a los críticos y es que sean criticones. Pero, en fin, repito que es sano de vez en cuando fijarnos en las verrugas de nuestros mitos y volver la vista hacia aquello que, por estar muy cerca, demasiado cerca, y por hablarnos de lo que nos aburre por demasiado conocido, no le prestamos la atención que realmente merece.

Andreu Martin